

MSS 385  
227/1264  
C. 1

Viernes 17 de Julio de 1914.

### UNA EMBAJADA.

La cuestión mejicana, felizmente solucionada por una intervención pacífica cuyo éxito era difícil prever, pone de actualidad las relaciones diplomáticas entre Méjico y el Japón, a fines del año último.

Para corresponder al envío de representantes japoneses a las fiestas del Centenario de la Independencia de Méjico, éste envió una Embajada especial al Gobierno de Tokio, presidida por don Francisco de la Barra, reciente embajador en Washington, varias veces Ministro de Relaciones Exteriores, y entonces Plebipotenciario en Francia. En suma uno de los diplomáticos más distinguidos de Méjico.

El señor de la Barra desembarcó en Shimonosaki el 21 de Diciembre de 1913 y no hay para que decir cuantas amabilidades y atenciones recibió en el Imperio, de parte de las autoridades y del pueblo.

Su entrada a Tokio, el 22 de Diciembre, fué saludada por una muchedumbre que se agolpó en la estación y lo condujo hasta su domicilio, a los atronadores gritos de "¡Mekisko ~~meko~~ banzay!" (viva Méjico). Y el señor de la Barra tuvo que hacer uso de toda su diplomacia para no olvidar, en medio de los entusiasmos populares, que había sido recibido, como "persona grata" por el gobierno de Washington.

La recepción del Mikado, los banquetes del barón Makino, Ministro de Relaciones Exteriores, del barón Mitsui, multimillonario japonés; del señor Arano, presidente de la Tokyo Kishen; del príncipe Nijo, etc. se sucedieron acompañadas de las correspondientes manifestaciones populares, deseosas de manifestar su simpatía con Méjico y su falta de entusiasmo por el actual poseedor de la provincia de Tejas.

Todas las frases y promesas, no lograron, sin embargo, romper la prudencia del diplomático en Washington, que supo contestar con amabilidad exquisita esas sinceras muestras de afecto, sin pronunciar jamás una palabra que pudiera mirarse con desconfianza por los Estados Unidos.

Sin embargo, el partido patriota exaltado, que dirige el príncipe Nijo, y que no disimula su aversión hacia el Gobierno de la Unión, por los ataques que ha sufrido allí la inmigración japonesa, no cejó en sus atenciones para con el ministro mejicano. Y este, una vez terminada su misión diplomática, abandonó el Japón, no sin enviar antes a Méjico un cerezo florido, obsequio del príncipe Nijo y recuerdo de sus anti-unionistas partidarios.

---

En medio de los temores de la guerra que han asaltado a Méjico en los últimos meses, probablemente en más de una ocasión habrá recordado al pueblo que tantas manifestaciones de amistad hizo a su representante diplomático.

Los telegramas transmitieron entonces, de cuando en cuando, la esperanza que cifraba el Gobierno de Huerta, en las remesas de fusiles que podría remitirle el Imperio Nipón.

Todo quedó sin embargo - felizmente para todos, - en el terreno de las esperanzas.

La cuestión parece haberse solucionado ya completamente. Y se ha solucionado en la firma más digna y más hermosa: sin que el continente tuviera que enrojecerse, ni con la sangre de los soldados, ni con el abuso de la fuerza.

A lo sumo, las flores del cerezo transplantado, habrán subido un poco de color recordando más de alguna promesa popular, escuchada en su país unos cuantos meses antes, cuando los gritos de "¡Mekisko banzay!" atronaban los balcones del señor de la Barra.